

su carácter y toda la energía de sus profundas convicciones humanitarias.

Le correspondió actuar en Madrid en las más difíciles condiciones, en los momentos en que la apasionada guerra civil española ensangrentaba las tierras de la Península en forma que se olvidaron todos los principios legales que rigen la convivencia de los hombres dentro de los Estados.

Núñez Morgado tuvo, en esos trágicos momentos, una responsabilidad mayor que la de cualquier otro Embajador, ya que su carácter de Decano del Cuerpo Diplomático lo obligó a representar, ante el Gobierno, el sentir de todos sus colegas y, sobre todo, imponer, sin otra arma que el derecho que invocaba, el respeto a las vidas de miles de mujeres, niños y perseguidos políticos.

Exigir el cumplimiento del derecho de asilo en circunstancias en que sólo la pasión de los hombres es la norma de sus determinaciones, es una acción que requiere energía, perseverancia, voluntad y entereza ejemplares. Todas estas cualidades debió poner en juego nuestro Embajador en España, para lograr, con absoluto renuncio de su propia vida, que el Gobierno ante el cual se encontraba acreditado respetara, por fin, la inviolabilidad de los recintos que, conforme a convenios internacionales, son considerados como partes integrantes de los territorios de los países que los cubren con sus respectivos pabellones.

No es posible relatar aquí todas las vicisitudes y sacrificios que Aurelio Núñez Morgado debió soportar para lograr el triunfo que después de inúmeros episodios logró imponer. Básteme decir al Senado que, en razón de haberle sucedido en Madrid, meses después, pude oír de viva voz los espeluznantes relatos de los diversos aspectos de la obra de Núñez Morgado, los que permiten afirmar que ella tuvo caracteres de verdadero e interminable drama.

Creo no equivocarme si afirmo que el sacrificio que Aurelio Núñez Morgado hizo en la época que estoy recordando, no sólo contribuyó a salvar miles de vidas inocentes, sino que también prestó un posi-

vo beneficio a la humanidad toda, al precedente de gran importancia un derecho que tiene por fundamentos más respetables principios desde los puntos de vista humanitario y de respeto a la soberanía de los pueblos.

Hace bien en consecuencia el Senado en rendir a la memoria de Aurelio Núñez Morgado este homenaje, pues podemos afirmar que nuestra Patria le es deudora de un grande y justo reconocimiento, ya que la sirvió con dignidad, eficiencia y patriotismo.

FALLECIMIENTO DEL PROFESOR SEÑOR AMADOR ALCAYAGA ALCAYAGA

El señor **González**.— Señor Presidente:

Pocas personas más dignas de irrestricto y cordial homenaje que el gran profesor don Amador Alcayaga, fallecido ayer. Otros harán, en ocasión propicia y con seriedad académica, el recuento de su larga y valiosa labor magistral, y pondrán de relieve el tesón inteligente con que sirvió a su patria y a la juventud desde los puestos que ocupara, y recordarán a las nuevas generaciones el sentido perdurable de su acción de educador auténtico.

Yo debo limitarme a trazar con mano insegura, por la emoción inevitable ante la muerte del amigo respetado, un simple esbozo de su personalidad ejemplar como pocas, en la que se dieron las virtudes cívicas y privadas con la sencilla espontaneidad de lo que no es otra cosa que expresión cabal del propio carácter.

Lejos de las estridencias triviales y de las actitudes efímeras con que muchos se afanan por distinguirse en el ajeteo publicitario grato a las mediocridades ambiciosas, ajeno a todo alarde de vanidad egoísta y hostil a cuanto implicara mezquino utilitarismo, don Amador Alcayaga dió siempre ejemplo de esa sencillez de vida que es prenda de grandeza de espíritu, y trabajó sin descanso, fiel a sí mismo, por el ideal que, desde su juventud, fijó trayectoria de su destino.

Hombre cabal, no tuvo otro propósito que contribuir a formar hombres tam-

la form
Saltra
tados

Lo
C

cabales. en quienes el enriquecimiento de la inteligencia no amenguara el ímpetu de la voluntad constructiva, ni menos aún la fecundidad de los sentimientos generosos. Pudiendo haber alcanzado altas dignidades cívicas —por su talento, por su cultura y su carácter—, prefirió, sin embargo, la retraída y anónima tarea del maestro, que, por modos tan varios como imponderables, repercute en el desarrollo de la comunidad y en el sentido de su porvenir.

Y fué maestro, porque era hombre en la noble plenitud del concepto. Lo fué por su condición humana, hecha para ejercer, a través de una fina comprensión de los caracteres y de las situaciones, una influencia siempre saludable; lo fué por su firme vocación para servir a los demás, con absoluto desdén de sus propias conveniencias; lo fué por su espíritu desprovisto de rigideces hipócritas y formalismos estultos, pero también con alerta conciencia del deber, y lo fué, sobre todo, por su generoso culto de los grandes sentimientos que embellecen la vida.

Por virtud de su generosidad cordial y de su comprensión espiritual, al consagrarse por entero al Internado Nacional Barros Arana, pudo convertirlo en un gran hogar: los alumnos encontraban en él un verdadero padre que, a las asperezas mecánicas de la vieja disciplina, anteponía las exigencias afectivas de una relación familiar; los profesores y los funcionarios encontrábamos al compañero experimentado para quien el ejercicio de la autoridad no era función de prepotencia, sino expresión de una responsabilidad solidaria en la empresa común, y los empleados auxiliares encontraban al jefe cuidadoso de su bienestar y de su progreso, en permanente actitud de justicia.

Aparte su personalidad moral superior, tenía don Amador Alcayaga, para mayor eficacia de su trato con la juventud, la ventaja de haber permanecido joven. a lo largo de años afanosos, porque su corazón no se enturbió jamás con el odio, la envidia y la ambición. La alegría de su vida fué servir, y hubiera sido para él galardón máximo haber caído en plena faena, dentro

de los muros del Colegio al que se consagrara sin reservas, percibiendo, próxima a él, la agitación vital de la juventud que era su desvelo.

La enfermedad se lo impidió. Pero, si no pudo morir en el viejo Internado, en su Colegio, ahí está ahora más presente que nunca, porque vive en su espíritu. Dentro del Internado Nacional Barros Arana, él consiguió darle a la vida y al trabajo un estilo y un sentido que han de perdurar con la firmeza de una tradición ejemplar. Más que el busto de bronce que se le ha de levantar en medio de los jardines del Colegio, resplandecerá, a la luz del recuerdo, su fisonomía moral en el corazón de sus discípulos y de sus amigos, de todos cuantos tuvimos la oportunidad feliz de apreciar en él los valores de una personalidad de selección.

He dicho.

El señor **Opitz**.— Señor Presidente, sería difícil poder compendiar en más conceptuosas manifestaciones de sentimiento lo que acaba de expresar mi Honorable colega señor González en homenaje a la memoria del que fué Rector del Internado Nacional Barros Arana durante tantos años, don Amador Alcayaga. Me cupo la suerte de ser su alumno, y lo conocí de cerca durante gran parte de su vida. Por esto, adhiero totalmente a los conceptos emitidos por el Honorable señor González, y, por mi parte, quiero manifestar que el señor Alcayaga, fuera de todas las virtudes que lo adornaron como maestro y que quedarán en los anales de la Enseñanza Secundaria, tenía como cualidad esencial una bondadosa sencillez, por la cual fué tan querido por sus alumnos y dejó tan profundo arraigo en el corazón de ellos. Esta virtud lo hizo identificarse con un padre cariñoso.

No era un maestro que predicara o enseñara con el lema de "la letra con sangre entra". El predicaba con la persuasión, con el cariño y sobre todo con el ejemplo.

Amador Alcayaga quedará en el recuerdo, no sólo de los que fueron sus alumnos, sino de toda la historia de la enseñanza nacional y será, seguramente, como lo han sido tantos otros, un ejemplo vigoroso, en